LA ENCUESTA METROPOLITANA: LA SOCIEDAD BARCELONESA DE 1985 A 1990

Marina Subirats y Faustino Miguélez

A partir de la realización de la Encuesta Metropolitana de Barcelona se desarrolla, en primer lugar, una reflexión sobre el uso de las grandes encuestas como instrumentos de conocimiento de la vida social; y, en segundo lugar, se describen algunos de los cambios de la estructura social, las formas de actividad laboral, los hábitos económicos, etc., que se han producido en Barcelona en este quinquenio. Cierra el artículo la descripción de algunas de las formas de actuación de los grupos hegemónicos en la vida política y cultural de la capital catalana.

Barcelona society 1985-1990

Taking the Barcelona Metropolitan Census as its point of reference, the paper makes a series of considerations as to the uses to which studies of this sort are put when applied to social life as such. It then goes on to highlight that series of changes in social structure, work modes, habits in economic activity and so forth that Barcelona has undergone over the five years here studied. The paper is rounded off by a description of some of the behavioural modes of the predominant groups in this, the capital of Catalonia's political and cultural life.

1. LAS GRANDES ENCUESTAS DE POBLACION Y SU USO COMO DISPOSITIVOS DE CONOCIMIENTO DE LAS FORMAS DE VIDA

Las grandes encuestas, utilizadas como instrumentos sistemáticos de recogida de información sobre las formas de vida de la población, se han desarrollado en España, con notable retraso, en relación a otros países de nuestro entorno. La información ha sido tan escasa que, hasta hace una década, aproximadamente, los sociólogos nos hemos movido casi exclusivamente en el terreno de las hipótesis y de las explicaciones sugeridas, principalmente, por trabajos realizados en el extranjero, sin que, para fenómenos macrosociales, fuera posible, en la ma-

yoría de los casos, llegar a una información empírica fiable y sobre todo continuada en el tiempo, de modo que pudiéramos conocer el sentido de las tendencias y procesos sociales en curso en nuestro país.

A partir de la década de los ochenta, algunas cosas comenzaron a cambiar, y se están construyendo ya algunos instrumentos de carácter periódico que pueden ayudarnos a conocer las características específicas de las formas de vida en España, y los procesos de cambio en curso. Uno de estos instrumentos, la Encuesta Metropolitana de Barcelona, en la que estamos trabajando desde 1984, nos ha llevado a plantearnos las necesidades de información sobre las sociedades urbanas y a diseñar un modelo de recogida de datos que, aunque en forma lenta, va perfilándose en los últimos años.

En el invierno 1985-86 se llevó a cabo, en Bar-

celona y su área metropolitana, la Encuesta Metropolitana sobre actividad y formas de vida de la población. Esta encuesta, encargada por la Corporación Metropolitana de Barcelona —hoy ya inexistente— al Instituto de Estudios Metropolitanos, fue concebida como un instrumento periódico de recogida de información que permitiera obtener datos sobre la evolución de una serie de procesos sociales interconectados, imposibles de relacionar a través de la información obtenida por censos y padrones o por las encuestas monotemáticas habituales.

En los años siguientes se realizaron diversas explotaciones de los datos obtenidos, de modo que existen actualmente 19 volúmenes publicados (1) y otras explotaciones se hallan en curso. Pero, lo que es más importante, la encuesta se ha repetido durante 1990, haciéndola extensiva a un territorio más amplio, el de la región 1, que comprende cinco comarcas, es decir, una gran parte de la población y la superficie de la provincia de Barcelona, y que constituye de hecho una región metropolitana. Ello permite tener, por primera vez, una serie de datos comparativos obtenidos con un intervalo de casi cinco años, y, por tanto, poder establecer las tendencias en la evolución de las características de la población barcelonesa.

Los datos de la Encuesta Metropolitana 90 no han sido aún analizados en profundidad. Disponemos únicamente de unos primeros análisis de los resultados obtenidos en el municipio de Barcelona y algunas informaciones relativas a la antigua área metropolitana. Por ello, no es posible aquí comentar más que muy someramente las tendencias que se dibujan. Expondremos, en estas notas, algunos de los resultados obtenidos en la Encuesta Metropolitana 1990 y su comparación con los obtenidos en 1985-86, pero quisiéramos previamente referirnos a los objetivos de la encuesta y a los problemas que plantean este tipo de instrumentos de conocimiento sociológico.

De una manera sintética podemos enumerar cuatro tipos de problemas que se plantean, y que están sólo parcialmente resueltos:

- a) La construcción del cuerpo teórico.
- b) La divulgación de los resultados.
- c) El rigor empírico.
- d) Las posibilidades de análisis comparados.

a) La construcción del cuerpo teórico

Hablar de encuesta implica ya una opción metodológica; es partir del instrumento y no de una problemática, y ello plantea inmediatamente una serie de problemas complejos. La encuesta permite medir un conjunto de hechos sociales: po-

siciones sociales, distribución de recursos, características individuales, hábitos, opiniones. Puede limitarse a suministrar esta información, como lo hacen los Censos o los sondeos relativos a un tema concreto. Pero si se espera de ella que sea además un instrumento de conocimiento de los procesos sociales necesita partir de un modelo o modelos hipotéticos subyacentes que deben permitirnos organizar la lectura de tales datos y extraer de ellos un conocimiento sociológico.

Obviamente, podemos partir de modelos preexistentes, y convertir la encuesta en una fuente de indicadores que se refieran a ellos. Y éste es siempre el recurso utilizado, en último término, pero con algunas dificultades. Dos son las más notables: en primer lugar, la encuesta no puede estar organizada únicamente como un sistema de indicadores sociológicos, sino que, por su carácter, es también una fuente de datos múltiples que deben responder a preguntas realizadas desde ámbitos muy diversos. A la Administración puede interesarle, por ejemplo, saber qué opinión tienen los ciudadanos de la calidad del transporte público, y si estarían dispuestos a utilizarlo si ésta mejorara. O puede interesarle utilizar la encuesta para conocer la distribución territorial de las segundas residencias. O la tasa diferencial de natalidad entre nativos y migrantes. Aun cuando en el caso de la Encuesta Metropolitana de Barcelona no han existido presiones de ningún tipo para incluir unas informaciones u otras, el propio equipo que realiza el diseño tiene tendencia a explorar temas muy diversos, dadas las lagunas de información existentes en tantos ámbitos de la vida social.

Esta amplitud temática se debe a una dificultad que probablemente es la esencial: la inexistencia de modelos de conocimiento sociológico suficientemente legitimados en el momento actual. Las encuestas sociológicas han respondido, a lo largo del tiempo, a distintas problemáticas: medidas del avance de la sociedad industrial, medidas de las desigualdades sociales y, en los últimos años, lo que llamamos «formas de vida». Noción vaga donde las haya, y que, sin embargo, tiene la ventaja de no partir de un modelo apriorístico, cerrado, de lo que es la vida social.

El trabajo sociológico al que hay que enfrentarse en este tipo de grandes encuestas es, por tanto, complejo: se dispone de una gran cantidad de información, aparentemente muy precisa, que, en sí misma, nos da únicamente pinceladas de una serie de fenómenos sociales. Gracias a los fragmentos de teoría de los que disponemos, es posible agrupar estas informaciones e hilar con ellas un discurso global; sin embargo, en el camino hemos perdido la precisión, puesto que este discurso global parte, básicamente, de impresiones, de valoraciones subjeti-

(1) Para el análisis de los datos de la Encuesta Metropolitana de Barcelona (1985-86), ver *Encuesta Metropolitana 1985-86. Condiciones de vida i hàbits de la població de l'àrea metropolitana de Bar-*

celona. Dirección: María Jesús IZQUIERDO, Fausto MIGUELEZ, Marina SUBIRATS, 1990.

vas acerca del sentido de los datos, del valor de los cuantificadores («desciende mucho el paro», «se valora más el tiempo libre», etc., pero ¿qué es mucho o más?, ¿hasta dónde se trata de una tendencia?). La impresión final es de regreso a un ensayismo menos libre, más encorsetado y timorato que aquel que parte únicamente de las intuiciones contrastadas con datos secundarios «ad hoc». Pero, sobre todo, existe la dificultad de restituir el sentido que para los ciudadanos puedan tener las situaciones descritas. Como señala Laura Balbo en la introducción a su libro *Vincoli et Strategie nella Vita Quotidiana*, en el que se describen los resultados obtenidos en una encuesta bastante similar a la que aquí presentó «una novela, una película, incluso un documental, presentarían con muy diversa eficacia e inmediatez otros aspectos: los sentimientos, la serenidad o el sufrimiento, los caracteres individuales, las complicadas relaciones de la vida familiar, aspectos que ciertamente son una parte tan importante de la vida cotidiana de cada persona. Pero la investigación sociológica —aquella con cuestionario y respuestas cerradas, para decirlo de un modo sintético— no está hecha para esto» (2).

Por supuesto que no descubrimos nada nuevo con estas reflexiones; la crítica al empirismo es antigua en sociología y sólo tiene una debilidad: la dificultad de las vías alternativas, para un conocimiento de la sociedad que no sea meramente tautológico. De modo que creemos que, en este momento, las encuestas son un instrumento de conocimiento capaz de hacernos progresar en el análisis de la sociedad, pero a condición de que puedan realizarse en forma más rigurosa.

b) La divulgación de los resultados

La divulgación de los resultados ofrece aún dificultades importantes: dado que los resultados de las grandes encuestas suelen tener en este momento un fuerte atractivo para los medios de comunicación, ésta es una vía importante para la divulgación. Pero, al mismo tiempo, éstos están interesados no en la descripción sino en la noticia, y por ello acaban seleccionando, entre las múltiples informaciones generadas, aquellos datos que presentan cierto aire escandaloso, cercano a la denuncia, o que parecen «curiosos». Lo cual, ciertamente, no contribuye a un mejor conocimiento de la vida social. La divulgación de resultados suele oscilar entre la «noticia», que destaca únicamente algunos aspectos de la información elaborada, o la alta divulga-

ción, que sólo manejan los especialistas. Las vías intermedias, que pudieran acercar el material obtenido a una gran parte de la población a través de vídeos, programas de televisión, etc., se hallan aún poco exploradas, y requieren una colaboración y un trabajo de conjunto con los medios de comunicación que todavía no se ha conseguido.

c) El rigor empírico

Al hablar de la necesidad de mayor rigor empírico, no nos referimos a las técnicas utilizadas. En el caso de la Encuesta Metropolitana de Barcelona, el diseño de la muestra es de una gran sofisticación (3), los márgenes de fiabilidad son amplios, el trabajo de campo estuvo a cargo de un equipo que lo ha realizado por dos veces en forma impecable (4). Condiciones semejantes han concurrido, según tenemos entendido, en la Encuesta de Formas de Vida de la Población Madrileña. Dando por supuestos estos elevados niveles de calidad técnica —que, por otra parte, no se consiguen a menudo en nuestro país— queda todavía otro nivel de rigor por plantear.

Rigor en dos aspectos: por una parte, en la construcción de la problemática misma de las «formas de vida», de sus dimensiones más pertinentes, de las diferencias que las separan. Hoy se halla bastante generalizada la hipótesis de que, después de una etapa larga de tendencia a la homogeneización social, se ha abierto otra etapa, en las ciudades, de aumento de la polarización y de consolidación de sociedades duales. En la sociedad del área metropolitana de Barcelona subsisten fuertes desigualdades, por supuesto, pero que no parecen ordenarse ya en formas de vida totalmente diversas. Los comportamientos de los grupos sociales se mueven entre el más y el menos, pero siempre a lo largo de las mismas dimensiones. Las personas ancianas tienen más tiempo libre que los adultos, tienen menos recursos económicos, están más solas. ¿Bastan estos datos para describir la experiencia de la vejez y de la marginación que comporta aún en nuestras sociedades? ¿Viven los ancianos de la misma forma que los adultos, sólo que con menos contactos y posibilidades, o bien su existencia es radicalmente distinta, y, simplemente, no podemos describirla porque le hemos aplicado el mismo rasero de medir? Al mismo tiempo, la explicación causal puede ser obtenida sólo en forma aproximativa; el nivel de construcción de tipologías aparece como el máximo nivel de formalización a que se puede acceder a partir de las grandes encuestas.

(2) BALBO, L., et al. (1990): *Vincoli e Strategie nella vita quotidiana*, Milán, Franco Angeli.

(3) *Encuesta de la Regio Metropolitana 1990. Condiciones de vida i hàbits de la població*. LOZARES, C., y LOPEZ, P.: «Construcción de la muestra estratificada», *Serie Documents de Treball*, núm. 90/91, julio 1990.

(4) CDES 1985-86; INITS, S. A. L., 1990: ambas ediciones bajo la dirección de Albert SERRA; ver *Encuesta Metropolitana 1985-86*.

Condicions de vida i hàbits de la població de l'àrea metropolitana de Barcelona. CDES, «Informe final sobre el desenvolupament del treball de camp», Barcelona, 1986.

Encuesta de la Regio Metropolitana 1990. Condiciones de vida i hàbits de la població: INITS, S. A. L., «Informe sobre el desenvolupament del treball de camp», *Serie Documents de Treball*, núm. 90/2, 1991.

d) La posibilidad de análisis comparado

Finalmente, es posible que el esfuerzo de definición teórica no sea suficiente si no se acompaña de una coordinación del trabajo empírico. Por una parte, las grandes encuestas de población permiten configurar la estructura social y sus procesos, así como delimitar los grupos sociales más prominentes en cada momento. Y, por ello, pueden ser utilizadas como una trama sobre la cual van ubicándose posteriormente otro tipo de informaciones procedentes de encuestas monotemáticas: encuestas de salud o de usos culturales específicos o de tantos otros aspectos de la vida social, que nos permiten conocer detalladamente el funcionamiento de campos específicos, pero que adquieren todos sus matices cuando podemos relacionar tales informes con la posición social de los grupos y de los individuos. Hay, por tanto, un tipo de coordinación —que hemos intentado ya con algunos resultados a partir de la Encuesta Metropolitana de Barcelona— que consiste en una racionalización de las diversas informaciones obtenidas por encuesta, de manera tal que puedan confluír en un conocimiento mucho más preciso de la vida social.

Por otra parte, existe otro nivel de coordinación. La comparación entre datos similares correspondientes a distintas ciudades podría proporcionarnos, probablemente, el perfil específico de la vida social local. En el contexto de una misma ciudad, los datos obtenidos parecen describirnos una realidad «natural». Es «natural», por ejemplo, que en Barcelona la jerarquía de distritos en función de su renta per cápita se ordene de modo casi paralelo al porcentaje de sus habitantes de origen no catalán. «Natural» porque todos los barceloneses sabemos que gran parte de los inmigrantes llegados en los años cincuenta y sesenta carecían de calificación profesional, y se insertaron en la parte inferior de la estructura ocupacional. La comparación —todavía imperfecta— realizada hasta ahora con los datos obtenidos en la Encuesta sobre formas de vida de la población madrileña permite detectar, sin embargo, lo engañoso de tal naturalidad: también los inmigrantes se insertaron en Madrid en los trabajos peor pagados, y, sin embargo, treinta años después el origen geográfico no parece tener la importancia que tiene en Barcelona como elemento diferencial dentro de la estructura social. He aquí un rasgo —entre muchos— al que la comparación interurbana —o internacional, en el caso de encuestas de ámbito nacional— permite dar todo su valor como característica específica, no forzosamente propia de las «sociedades avanzadas» y, por tanto, como rasgo constitutivo de unas relaciones sociales que necesitan ser explicadas.

La coordinación de estas grandes encuestas será sin duda lenta, dado que existen dificultades de todo tipo para realizar, en sociología, un trabajo más integrado, más vinculado a un co-

nocimiento en profundidad de los procesos sociales. En sociología —probablemente como en la mayoría de los saberes— no se investiga en función de los problemas teóricos planteados, o, por lo menos, ello es poco frecuente, sino que se avanza un tanto a salto de mata, a tenor de las demandas formuladas no desde los problemas sociológicos, sino de los problemas sociales, definidos desde parámetros que a menudo no encajan con los estrictamente internos a la disciplina. Y sin embargo, deberíamos tratar de llegar a instrumentos más homogéneos, relativamente normalizados, de recogida de la información; concentrarnos menos en el diseño de cuestionarios «originales» y realizar un mayor esfuerzo, en este momento, en el establecimiento de las dimensiones más pertinentes para el análisis de la vida social y en la comparación de los diversos resultados obtenidos en estas dimensiones.

Pasando ya al comentario de los resultados, nos referiremos aquí no tanto a las formas de vida, cuyo análisis requiere un nivel de detalle superior al alcanzado hasta ahora, sino a aquellos datos que, en cierta manera, subyacen a la explicación de las formas de vida: las variaciones en la estructura social, en las formas de actividad, en los niveles económicos y en los instrumentos de acción. A partir de aquí, y en otros trabajos futuros, esperamos poder presentar con precisión datos de la articulación concreta de la vida cotidiana de los ciudadanos de Barcelona y su región metropolitana.

2. LOS CAMBIOS EN LA COMPOSICIÓN SOCIAL DEL ÁREA METROPOLITANA DE BARCELONA

La comparación entre los resultados de la Encuesta Metropolitana 1985-86 y 1990 permite ver los cambios que se están produciendo en la estructura social de Barcelona y del resto del área metropolitana, cambios que alejan rápidamente la ciudad de la composición obrera-industrial de años atrás. En Barcelona se detecta la recesión rápida de la clase obrera industrial y su sustitución por trabajadores de los servicios y técnicos de baja cualificación, por una parte, y por otra, el crecimiento de la nueva clase media, formada por profesionales y técnicos. Este fenómeno se hace todavía más patente si tenemos en cuenta las categorías socioprofesionales de la población activa: más de una cuarta parte de los activos ocupados son técnicos profesionales, con un crecimiento de seis puntos en los últimos cinco años, aunque se trata, en su mayor parte, de técnicos medios. Crece también el porcentaje de administrativos, mientras que otras profesiones quedan estancadas o retroceden ligeramente. Las características de este cambio quedan más claras cuando analizamos las edades: la máxima proporción tanto de técnicos como de administrativos se concentra entre veintiséis y treinta

y cinco años. Son los grupos profesionales que tienden a ampliarse, mientras, en cambio, los porcentajes más elevados de trabajadores de los servicios y de la industria están por encima de los cuarenta y cinco años, han envejecido en comparación a 1985 y demográficamente tenderán a decrecer.

Si analizamos la categoría socioeconómica de los entrevistados, que combina profesión y posición social en el trabajo, aparecen otros cambios: decrecen ligeramente las categorías altas, en las que retroceden sobre todo los empresarios con asalariados, y aumentan ligeramente las categorías medias y bajas (5). Ello no se halla en contradicción con las afirmaciones anteriores, dado que una parte del aumento de la ocupación de los últimos años se produce en trabajos precarios, temporales y poco cualificados.

Los cambios en la estructura categorial son leves, como hemos dicho, pero si los estudiamos en combinación con los de la estructura profesional captamos algunas tendencias de fondo que, probablemente, marcarán el futuro a medio plazo. En las categorías altas se refuerzan procesos ya presentes en 1985: predomina los técnicos altos y en ellos los hombres entre veintiséis y treinta y cinco años. En las categorías medias predominan hoy, proporcionalmente, las mujeres y los grupos profesionales de administrativos y técnicos medios de edades no superiores a los treinta y cinco años; también se han rejuvenecido, como los anteriores. En las categorías bajas predominan los trabajadores de servicios —en 1985 eran los obreros cualificados—, se produce un equilibrio entre hombres y mujeres y por grupos de edad los menores de veintiséis años —de reciente incorporación, y sobre todo en trabajos precarios— y los mayores de cuarenta y cinco años.

La tendencia que se impone es la de una ciudad de capas medias, con un predominio de los hombres en las medias altas y de las mujeres en las medias bajas. El leve aumento de las categorías manuales se mantendrá probablemente si se produce la creación de empleo precario, o bien se impondrá un decrecimiento mayor por imperativos demográficos. Pero, en cualquier caso, los trabajadores de los servicios serán más numerosos que los obreros industriales.

En el resto del área metropolitana se producen algunas similitudes: el aumento de los trabajadores de servicios, el aumento de la cualificación profesional, especialmente entre los técnicos de niveles bajos y el aumento de los empresarios sin asalariados y autónomos. Pero también hay procesos contrarios: se produce una pérdida de profesionales de niveles altos y medios, mostrando que estas categorías tienden a concentrarse en la ciudad central, aumentando, en cierto modo, una especialización territorial que

siempre ha sido muy acentuada en el conjunto del área.

En efecto, Barcelona ciudad no puede considerarse sino como un fragmento de un tejido social más amplio, y a la vez muy segmentado. Los municipios del entorno han constituido, con muy pocas excepciones, el cinturón obrero de la ciudad, con una muy elevada presencia de inmigrantes de los años sesenta. Las antiguas clases medias locales han tenido un escaso peso numérico y, por ello, una baja capacidad de control sobre el crecimiento urbano de los diversos municipios. En consecuencia, y con la excepción de algunos municipios, como Sant Cugat, ha habido poca capacidad de desarrollo tanto de los centros urbanos como en empresas propias. Todo ello ha generado la concentración, en Barcelona, de puestos de trabajo de servicios, de comercios, de instituciones culturales y de ocio que hacen que la ciudad constituya de hecho el centro urbano de toda el área metropolitana. Más aún: la ciudad real, en los desplazamientos, en la vida cotidiana, se extiende más allá de los límites municipales y alcanza casi al conjunto del área metropolitana, teniendo tan sólo como límite la escasa movilidad por razones de ocio de algunos grupos sociales.

Pero al mismo tiempo se mantiene e incluso se incrementa una fuerte segmentación territorial: Barcelona concentra a la casi totalidad de las clases altas y medias altas, y ello de modo creciente. El sector más dinámico de la población barcelonesa está formado por una población ocupada, relativamente joven, y con niveles de cualificación crecientes, que ha creado la imagen de una ciudad eficaz y competitiva. En torno a ella gravitan sectores sociales muy distintos: la clase obrera industrial, envejecida, de baja cualificación, de escaso nivel cultural; una nueva clase obrera más joven, de mayor cualificación, pero a veces de ocupación precaria; y la antigua clase media de pequeños propietarios, todavía muy numerosa, con tendencia incluso a aumentar numéricamente, que se debate entre posiciones defensivas e intentos de modernización. Diferencias de clase a las que hay que añadir un marcado desarrollo de las desigualdades por razón de sexo, viable, sobre todo, en las capas técnicas.

Paralelamente a la transformación de la estructura social se producen otros procesos, que podemos considerar como de relativa homogeneización: procesos de cambio económico y de cambio cultural. Frente a las hipótesis de dualización creciente de las grandes ciudades, nuestros resultados —que por el momento hay que considerar provisionales, dado que no se ha realizado aún un análisis exhaustivo de los mismos— tienden a mostrar que en los cinco últimos años se ha producido una cierta disminu-

(5) Las distintas categorías socioeconómicas utilizadas en la *Encuesta de la Región Metropolitana 1990* se han reagrupado en altas, medianas y bajas, que comprenden, respectivamente:

Categorías altas: empresarios con asalariados, profesionales liberales, directores-gerentes y técnicos altos.

Categorías medias: empresarios sin asalariados, autónomos, técnicos medios, otros técnicos y contraempleados.

Categorías bajas: obreros cualificados, obreros no cualificados, trabajadores de los servicios y trabajadores agrarios.

TABLA 1

NIVEL DE INGRESOS FAMILIARES MEDIOS PER CAPITA EN BARCELONA

(En porcentajes)

	1985	1990
NIVEL BAJO (familias con ingresos anuales netos por debajo de la mitad de la media de la ciudad)	26,8	18,1
NIVEL BAJO-MEDIO (familias que se sitúan entre el grupo anterior y la media de la ciudad).....	37,8	47,8
NIVEL MEDIO-ALTO (familias que están entre la media y su multiplicación por 3).....	31,7	32,6
NIVEL ALTO (familias que están por encima del nivel anterior).....	3,7	2,3

ción de las diferencias económicas. Veamos, en la tabla 1, la comparación de los niveles de ingresos familiares medios per cápita de 1985 y de 1990 para la ciudad de Barcelona.

Esta tabla nos da únicamente una información aproximada, puesto que el número de no respuestas en la pregunta sobre ingresos es elevado en ambas encuestas. Con todo, los resultados son claros: el porcentaje de familias que se hallan en los extremos se ha reducido en favor del aumento de los porcentajes que se hallan en los niveles medios, y ello en forma más acusada en el extremo bajo que en el alto. En los dos casos, el paso se ha producido al nivel inmediatamente inferior o superior, es decir, han quedado ampliados los grupos intermedios, sin que ello suponga que haya quedado reducido el abanico de ingresos, dado que el límite superior de ingresos del grupo alto no es conocido. Parece que hay menos pobres y menos ricos, pero tal vez estos últimos acumulan hoy más recursos que cinco años atrás.

No hallamos, por tanto, indicios de acentuación de la desigualdad, por lo menos en Barcelona ciudad —únicos datos tabulados hasta el momento—. Sumando por una parte los niveles bajo y medio-bajo y por otra el alto y medio-alto se observa que el grupo bajo aumenta ligeramente: comprende, de forma bastante estable, a dos tercios de las familias. Sin embargo, se ha producido una notable mejora en el nivel más bajo, que disminuye considerablemente en los datos de 1990.

Ya en el análisis de los datos de 1985 señalábamos que las principales causas de la pobreza relativa se hallaban vinculadas a la falta de ocupación o a determinadas características de ésta y al paso de la vida activa a la inactiva. Hoy éstas siguen siendo las causas fundamentales, pero se ha producido una disminución del paro, y ello y la entrada en muchos hogares de un segundo salario, que parecen ser las razones fundamentales de la disminución en diez puntos del nivel bajo. El aumento de los jubilados y el bajo nivel de las pensiones en relación a los ingresos medios familiares de la ciudad siguen siendo los

principales factores de pobreza, además del paro.

Volveremos más adelante sobre algunos aspectos económicos; pero veamos ahora otros elementos que parecen contribuir a una relativa homogeneización social, especialmente si tenemos en cuenta que partimos de una situación de gran diversidad, creada por las migraciones de los años sesenta. Las diferencias culturales manifiestas en aquel momento no eran únicamente las de lengua; eran, sobre todo, las que separaban a una población recién llegada, de origen rural y muy bajo nivel cultural, de una población con fuerte tradición urbana, mayor escolarización y mayores niveles de cualificación profesional. En la actualidad, estas diferencias tienden a borrarse: si bien es cierto que la distribución de migrantes y no migrantes en la estructura ocupacional todavía no es homogénea, la tendencia es a una distribución más equitativa. En el análisis de los datos de la Encuesta Metropolitana 1985-86 aparecía el hecho de que hay catalanes e inmigrantes en todos los niveles sociales, pero no en las mismas proporciones. En las categorías altas y medias había una mayor proporción de catalanes de origen, mientras en las categorías bajas predominan, con mucha diferencia, los inmigrantes. Este hecho era todavía tan notorio que la proporción de inmigrantes que vive en cada distrito era el indicador más ajustado para prever la posición del distrito en la jerarquía de niveles económicos de la ciudad.

Pues bien, en 1990 aparecen signos de cambio en este sentido. La evolución de las dos poblaciones, la nacida en Cataluña y la nacida fuera, ha sido muy similar en relación a las categorías socioprofesionales. Los inmigrantes siguen siendo el grupo con mayor porcentaje de asalariados, tienen aún mayor peso en el sector secundario y una mayor proporción de trabajadores manuales. Pero también en los estratos altos —técnicos altos, profesionales liberales— aumenta el porcentaje de inmigrantes. En conjunto, por tanto, se observa una tendencia a la eliminación de las diferencias debidas al origen geográfico, no sólo en términos de posición social, sino también de niveles de escolarización, conocimientos lingüísticos, hábitos de consumo y opiniones.

3. ACTIVIDAD Y COMPORTAMIENTOS ECONOMICOS

La comparación entre los datos obtenidos en 1985 y en 1990 muestra el mantenimiento de las tasas de actividad y de inactividad, pero en cambio la tasa de paro ha descendido notablemente, tanto en la ciudad de Barcelona como en el área metropolitana. Respecto de la población activa, la tasa de paro de Barcelona es en 1990 del 9 por 100, mientras superaba el 12 por 100 en 1985. Ahora bien, dado que han quedado fuera de la muestra los jóvenes de dieciséis a dieci-

nueve años (6), la tasa global debe aumentar en algunos puntos: se convierte, probablemente, en un 18-20 por 100 para 1985 y en un 12-13 por 100 para 1990. La disminución del paro es, por tanto, el dato más importante entre las tendencias de cambio laboral, aun cuando se trata todavía de una tasa elevada.

El análisis por edad y sexo de los datos de actividad productiva permiten obtener una imagen más completa de la situación. El colectivo privilegiado, en lo que se refiere a la ocupación, es el de los hombres de veinticinco a cuarenta y cinco años; pero las mujeres han incrementado su tasa de actividad reduciendo levemente la de desocupación. En este sentido se detecta una cierta tendencia a una mayor igualdad entre hombres y mujeres, aunque persisten diferencias muy importantes.

Se ha producido también un cambio en las empresas en que trabajan los barceloneses: aumenta notablemente la proporción de ocupados en empresas pequeñas y medianas, mientras se reduce en igual importancia el empleo en las grandes empresas. Las empresas de menos de 26 empleados han aumentado en 10 puntos el volumen de ocupación y en 9 puntos las que emplean entre 26 y 100 personas. Por el contrario, han perdido 12 puntos las de más de 500 trabajadores. Es notabilísimo también el descenso de los que trabajan solos, hecho que implica que muchos de los autónomos de la etapa de la crisis se han incorporado al trabajo asalariado, que aumenta en forma importante en este quinquenio. Todos estos datos reflejan fielmente la consecuencia de los procesos de reestructuración productiva que tienen lugar entre 1980 y 1985.

Se producen importantes transformaciones en el trabajo, según el sector de actividad, que suponen la desaparición de ciertas ocupaciones tradicionales y la aparición de ocupaciones nuevas: casi todos los sectores industriales pierden ocupación —algunos en forma espectacular, como metal, químicas y textil—, pero otros aumentan claramente, como la electrónica. Son los sectores de fuerte innovación tecnológica. En los primeros predominan los hombres de edad madura, en los segundos los hombres jóvenes.

Aumentan notablemente los servicios: los servicios a las empresas, los servicios personales —como, por ejemplo, el servicio doméstico—, los transportes, los servicios de ocio. Pero no todos los servicios mantienen la misma tendencia: enseñanza y sanidad decrecen, así como los servicios sociales. Otros, como el comercio y la hostelería, se mantienen. La construcción, a pesar del «boom» de los últimos años, no presenta en Barcelona un crecimiento espectacular; la razón de ello hay que buscarla en el hecho que una parte sustancial de los nuevos efectivos de la construcción resida fuera de la ciudad.

Estos cambios, y especialmente el descenso del paro, han contribuido a una mejora de la situación económica familiar que se expresa a través de los cambios ya comentados en los niveles de rentas, y por medio de una serie de indicadores de comportamiento económico.

Aumentan, en distintos grados, los porcentajes de personas que en 1990 han invertido en acciones, compra de propiedades, mejora de la vivienda y, especialmente, compra de bienes. Se produce una cierta euforia ante la mejora de las perspectivas económicas que lleva a una parte importante de la población a invertir o a endeudarse a largo plazo mientras consume a corto plazo. Este aumento de las inversiones no se produce en forma homogénea: se mantienen grandes desigualdades por categoría socioeconómica y aumenta la distancia entre las categorías altas y el resto. En otros casos las inversiones se reducen: en compra o alquiler de la segunda residencia, libretas de ahorros, compra de deuda pública.

Aumenta también el porcentaje de personas que invierten en seguridad: planes de jubilación y de pensiones, seguros de vida y vivienda, etc. En conjunto, se acentúa la proporción de personas que solidifican las bases materiales de su bienestar, aunque siguen manteniéndose grandes diferencias entre los grupos sociales. Todos los datos tienden a indicar que los esfuerzos individuales se dirigen al incremento del bienestar en el ámbito privado, y a una mayor exigencia en la reivindicación de mayor calidad de vida del entorno urbano.

Según la categoría social de la familia se producen valoraciones muy diferenciadas sobre la evolución económica en el último año y sobre las perspectivas que se presentan para el próximo. Si comparamos las actitudes dominantes a lo largo del quinquenio, podemos ver que predomina el optimismo sobre el pesimismo respecto de la situación de la familia. En 1990 hay muchas menos personas que opinan que «el año pasado fue mejor» que en 1985, y muchas más que creen que «el futuro será mejor». En 1985, la proporción de los que creían que «el año próximo será peor» triplicaba casi la de los que pensaban que «el año anterior había sido peor», mientras que en 1990 los pesimistas se han reducido a la mitad y superan en muy poco a los que miraban con pesimismo hacia el pasado.

Esta visión predominantemente optimista es el resultado de la mejora percibida por los habitantes de Barcelona, pero puede haber sido, al mismo tiempo, un factor no despreciable de relanzamiento económico.

Las categorías bajas y medias expresan en mayor proporción que las altas el convencimiento de mejora económica, al mejorar su posición relativa respecto de 1985. Y muestran también un mayor optimismo que las categorías altas res-

(6) El muestreo de la *Encuesta de la Regió Metropolitana 1990* se realiza a partir de los censos electorales, y, por consiguiente, las generaciones más jóvenes pueden aparecer incompletas si los censos no se hallan totalmente actualizados. Esto es lo que ha sucedido

en el caso del municipio de Barcelona en el año 1990, de modo que las generaciones de dieciocho y diecinueve años no se hallan suficientemente representadas.

pecto al futuro inmediato. La apreciación subjetiva confirma claramente los resultados comentados anteriormente respecto de las diferencias por ingresos anuales.

No hay que olvidar, sin embargo, que las distancias fundamentales permanecen: los entrevistados pertenecientes a categorías altas responden que viven «bien» a la pregunta sobre la valoración del nivel de vida propio y de sus familiares, mientras que los de categorías medias responden en su mayoría que viven «normalmente» y los de categorías bajas eligen, en primer lugar, el calificativo de «modestamente» para referirse a su nivel de vida.

4. LOS SISTEMAS DE ACCION Y DE RELACION: LOS GRUPOS IDEOLOGICAMENTE HEGEMONICOS

Esta tendencia a la homogeneización se hace visible por tanto en las formas de vida, sin que ello suponga que, efectivamente, hayan desaparecido las desigualdades. Los modelos culturales y políticos tienden también a homogeneizarse: la polarización entre burguesía y clase trabajadora, que tanta importancia tuvo no sólo en la Barcelona del primer tercio del siglo, sino incluso en fechas más recientes, en las luchas antifranquistas de los años sesenta y setenta, parece haberse debilitado. Si bien en algunos ámbitos de la acción colectiva esta dicotomía puede constituir aún el eje que explica los conflictos y las opciones de los ciudadanos, en otros ámbitos, como el cultural o el de la formulación de políticas concretas, los grupos sociales más activos y más visibles son otros. Las formulaciones políticas, los programas de los partidos, evitan cualquier tipo de posiciones extremistas, los «lenguajes de clase». La acción colectiva, pública, se ejerce en función de las formulaciones, ideologías y proyectos de una clase media, que suministra los actuales modelos visibles de carácter político, cultural y social que se difunden, más allá de la ciudad, a toda la población del área metropolitana, mientras la gran burguesía actúa, habitualmente, a través de instrumentos privados y raramente formula de manera explícita proyectos propios destinados a toda la colectividad.

Detengámonos un momento sobre estos modelos: la ciudad no es únicamente un conjunto de posiciones diferenciadas, sino también un abanico de actores sociales con diversas capacidades de intervención, reformulación y transformación de la vida colectiva, tanto desde el punto de vista urbano como laboral o cultural. ¿Cuáles son las formas de relación y de acción que utilizan los barceloneses, y cuáles son los grupos que consiguen imponer sus intereses y criterios?

Los resultados empíricos obtenidos muestran unos niveles de asociacionismo relativamente bajos: coincidiendo con el tópico, son los clubes deportivos los que aglutinan a un mayor número

TABLA 2

PROMEDIO DE MIEMBROS EN CADA HOGAR Y PORCENTAJE DE PERSONAS QUE VIVEN SOLAS, PARA BARCELONA Y RESTO DEL AREA METROPOLITANA

	1985	1990
Promedio de miembros en cada hogar en Barcelona	3,6	3,3
Resto área metropolitana.....	4,0	3,7
Porcentaje de solitarios en Barcelona.....	6,4	7,8
Resto del área metropolitana	3,0	4,0

de ciudadanos (14,6 por 100). Partidos políticos, sindicatos, asociaciones de vecinos, cuentan con porcentajes de adherentes que se sitúan entre el 2 y el 6 por 100 de la población adulta, mostrando que en los años ochenta se ha producido una delegación de las funciones políticas en los órganos especializados. En los últimos cinco años estos porcentajes apenas varían: se da únicamente un pequeño crecimiento en la afiliación sindical. Tampoco parecen haberse desarrollado las redes de amistades, o de asociaciones culturales y lúdicas. Los barceloneses establecen aún, en su mayoría, relaciones con sus familiares, a menudo en forma casi exclusiva, mostrando que existe un cierto retraso en los procesos de individualización característicos de las grandes ciudades. La familia parece seguir conservando un papel central en las redes de relación, a pesar de que va debilitándose numéricamente y crece el porcentaje de solitarios (tabla 2).

Se constata, por tanto, que aunque la vida en familia es el modelo general de convivencia, los núcleos familiares tienden a debilitarse numéricamente; y, a pesar de ello, como hemos dicho, crecen muy lentamente las redes de contactos y amistades extrafamiliares. Si a ello unimos los bajos porcentajes de afiliación a asociaciones de diverso tipo, podemos inferir un aislamiento progresivo de los individuos que tiene como consecuencia la dificultad de su acción en el marco urbano fuera del ámbito que no sea el del trabajo profesional.

Todo ello ha contribuido a que, en los últimos años, hayan sido las instituciones políticas las que han adquirido el protagonismo indiscutido de la vida ciudadana, las que dan el tono del debate cultural y político de la sociedad y las que han absorbido, en gran parte, la canalización de las energías ciudadanas destinadas a producir la remodelación urbana, cultural y simbólica de la ciudad.

La acción de la Administración ha adquirido gran importancia en Cataluña durante la década de los ochenta: en tiempos de Franco, la acción de los diversos grupos y clases sociales no podía ser ejercida a través de canales institucionales; quedaban únicamente posibilidades de intervención marginal que, traducidas en términos de la ciudad, se concretaban en la lucha por

conseguir una escuela, un campo de deportes, la publicación de libros en catalán o la afirmación de determinados valores a través del teatro independiente. La instauración del marco democrático ha supuesto una normalización respecto de otros países y ciudades y, por tanto, el desarrollo de la acción institucional y el decrecimiento de la acción autónoma de los grupos sociales, en comparación con la etapa de la transición política. Por tanto, si queremos tratar de entender la dinámica de la sociedad barcelonesa, hemos de ocuparnos, aunque sea muy brevemente, de los grupos que la dirigen y de las formas de acción y rasgos que los caracterizan.

Y para ello hay que recurrir al análisis de las formas ideológicas de la clase media y de las que han sido descritas como sus dos fracciones principales en el momento actual: la vieja clase media, formada principalmente por los pequeños empresarios y comerciantes, y la nueva clase media, formada por sectores asalariados de alta y media cualificación profesional y técnica. Dos fracciones que tienen muchas características comunes —comenzando por sus vínculos de parentesco—, pero que ocupan posiciones diferentes en la sociedad; posiciones que producen diferencias en sus criterios e intereses políticos, estéticos y morales. Y son estas diferencias las que a menudo hallamos hoy enfrentadas en Barcelona y en las polémicas que se desarrollan respecto de su futuro, su imagen, su evolución. Veamos algunos de los elementos constitutivos de estas diferencias.

La vieja clase media ostenta todavía muchos de los rasgos que la han configurado históricamente: la propiedad de los medios de producción ha definido una ética basada en el esfuerzo personal como fundamento de la riqueza y en la aceptación de la desigualdad como resultado de una diferencia en este esfuerzo. Se opone al crecimiento del sector público, en el que ve a un competidor aventajado. Ello no significa que sea un grupo insolidario, o más insolidario que los otros grupos sociales: su forma de solidaridad se vive como compasión y, por tanto, se expresa en mayor medida en el lenguaje de la caridad que en el de la justicia. Dado que se dirige a solucionar problemas de los individuos —y de los individuos socialmente débiles— toma formas paternalistas, todavía eficaces, a veces, para resolver los casos individuales. Es, también, un grupo social que sigue dando gran importancia al mantenimiento de la familia en su forma tradicional: es la forma que a menudo hace posible el mantenimiento de la pequeña empresa y los niveles de vida aceptables. El interés por la continuidad de la moral familiar la mantiene vinculada a la Iglesia y a los valores tradicionales de Cataluña; de hecho, sus momentos de esplendor

parecen hallarse más en el pasado que en el futuro, dato que explica su conservadurismo en muchos ámbitos, pero no en todos. En relación a los cambios urbanos, o a la conservación de la naturaleza, por ejemplo, suele actuar en forma menos conservadora que la nueva clase media, muestra menos reservas en la destrucción de los restos del pasado o en transformar los espacios naturales. Dado que su forma de intervención en la sociedad se ha ejercido tradicionalmente a través de sus negocios y empresas, reclama un máximo de libertad de acción y un mínimo de reglamentaciones. «Dar trabajo», crear riqueza y ocupaciones, es su fórmula general para mejorar el mundo. Enfatiza la libertad por encima de la igualdad, y, en consecuencia, está poco interesada por las políticas de reequilibrio social o urbano.

En algunos de estos aspectos, la nueva clase media presenta una visión muy distinta: se trata de un grupo en posición ascendente, que crece tanto en número como en protagonismo social, y que basa su posición en la centralidad, en nuestra forma de vida, de los conocimientos técnicos. Berger ha descrito agudamente algunos de los rasgos fundamentales de esta fracción de la clase media: es modernizadora en el ámbito de las costumbres y anticapitalista en lo que se refiere a la organización de la producción (7). Está conquistando su espacio social y, por tanto, insiste en su carácter de portadora de formas de organización que corresponden a intereses universales, hecho que le permite buscar la alianza con las clases populares. Igualitarista y cientifista desde el punto de vista ideológico, acepta un elitismo que provenga del conocimiento, no de la herencia. Es, sobre todo, dispensadora de servicios, tanto desde el sector privado como desde el sector público, pero a menudo, especialmente en el caso de las nuevas profesiones y servicios, tiene mayores dificultades para actuar a través de la empresa privada, que antepone el beneficio a la idea de servicio. Por ello, la nueva clase media se caracteriza por su defensa de lo público (8), ámbito en el que encuentra un instrumento de intervención privilegiado y a través del cual puede movilizar recursos importantes, de los que no dispone en propiedad, como en el caso de la vieja clase media o de la burguesía. De aquí que tienda a enfatizar el papel del Estado, que entienda la solidaridad como una operación de justicia social, para la cual hay que modificar las condiciones generales más que atender a los casos individuales: la desigualdad es para este grupo un producto de la estructura social, no de las posibilidades individuales. Todo la conduce a que incremente el desarrollo de la burocracia. Más conservadora —o conservacionista— que la vieja clase media en determinados ámbitos, como la transformación de los es-

(7) BERGER, Peter (1989): *La revolución capitalista*, Barcelona, Península.

(8) Esta preferencia por las instituciones públicas se produce en una determinada etapa del desarrollo de la nueva clase media, en la que tiene aún un escaso acceso al ámbito de las empresas privadas; pero es previsible un cambio de actitud que en nuestro país comien-

za ya a producirse a nivel individual y no de grupo, con el paso de profesionales del ámbito de las instituciones o empresas públicas a las privadas, que suele implicar una mejora económica y un cambio ideológico en el que se enfatiza la mayor eficacia y mejor funcionamiento de estas últimas.

pacios y de los paisajes, necesita, de todos modos, marcarlos con su propio sello, remodelarlos de acuerdo con su ética y su estética: remodelar los barrios, las casas antiguas, las plazas, las calles. Las grandes transformaciones sociales y urbanas están, en buena medida, fuera de sus posibilidades: pertenecen al ámbito de las grandes empresas y de una remodelación del espacio que tiene su escenario más allá de la ciudad, e incluso de la nación, en lo que se ha llamado la «ciudad global». Y por ello trata de mejorar el entorno inmediato, buscando, de paso, formas de ennoblecimiento, raíces de conexión con el pasado, como todo grupo en ascenso en determinados momentos de su trayectoria.

Barcelona es hoy un escenario privilegiado de las relaciones entre estos dos grupos sociales, de sus pactos, conflictos y rupturas, y ello precisamente por la falta de protagonismo visible en otros grupos sociales. Estos dos grupos —que en gran parte quedan reflejados en los dos grandes partidos políticos catalanes— compiten para mostrar al conjunto de la sociedad su superioridad en la gestión de las cosas. De ahí, por ejemplo, la importancia de las polémicas desarrolladas en relación a los sectores más pobres y a las necesidades más urgentes: se establece una competencia por la hegemonía, para constituirse públicamente como quien mejor representa los intereses de la colectividad. Mientras, los sectores más pobres constituyen un grupo más fragmentado que nunca, porque proceden de segmentos muy diversos de la sociedad; ya no son los inmigrantes los «otros catalanes», como en el pasado, sino personas que han llegado a situaciones de marginalidad por causas diversas: vejez, paro, rupturas de hogares, etc. Pero en cualquier caso, la sociedad barcelonesa tiene hoy, como modelos culturales, éticos y estéticos que configuran sus formas de vida, los diseños y las ideologías que se derivan de estas dos fracciones de la clase media. Ello explica en gran parte toda una serie de comportamientos y formas de vida que analizaremos en otros trabajos posteriores, pero que tienen como base algunos de los rasgos ya apuntados: el énfasis en la calidad de vida, en la tensión para conseguir individual o familiarmente mayores niveles de ingresos, en la demanda de educación como vía

legítima de ascenso social, en el desinterés por los asuntos públicos, más allá de la reivindicación de mayor calidad de los servicios. Todo ello en el marco de una sociedad que cambia rápidamente y en la que, por tanto, las formas de vida no están enraizadas en subculturas de grupo, sino que adquieren sus perfiles, en forma creciente, en relación a los modelos que difunden, apoyados en los medios de comunicación, los grupos cultural y políticamente hegemónicos.

CONCLUSIONES

Se exponen en el artículo los primeros resultados obtenidos para Barcelona y la antigua área metropolitana de la Encuesta de la Región Metropolitana de Barcelona 1990. Estos resultados, que se comparan con los obtenidos en 1985-86, muestran los cambios que se están produciendo en este territorio: cambios en la estructura profesional, con aumento de los niveles técnicos; cambios en el sistema familiar, con disminución del número de personas por hogar y aumento de los solitarios; cambios en la distribución de los recursos, con una ligera tendencia a una mayor redistribución. Cambios, en fin, en las formas de vida de la población, que ha pasado de expresar la angustia por el paro y la precariedad de las situaciones laborales en 1985 a una cierta euforia económica acompañada de un aumento del consumo en 1990.

En el nivel actual de explotación, cualquier conclusión que se quisiera extraer de los datos obtenidos en la Encuesta Metropolitana de Barcelona sería prematura. El presente artículo tiene básicamente un carácter descriptivo, y plantea a la vez una reflexión sobre dos aspectos vinculados a la encuesta: por una parte, las posibilidades y limitaciones de las grandes encuestas en tanto que instrumentos de conocimiento de la sociedad; y, por otra, y en relación a la región metropolitana de Barcelona, la emergencia de dos fracciones de las clases medias como portavoces de los sistemas de valores y las formas de vida que dominan hoy la escena social barcelonesa.